

nombre del mesón y el del mesonero. Habría ido á verle; hubiera tenido un placer en recordarle su buena obra y en probarle que no había caído en mal terreno. Otros servicios sin duda más importantes, pero prestados con más ostentación, no me han parecido tan dignos de agradecimiento como los humanitarios sentimientos de aquel buen hombre revelados sin vanagloria y con tanta sencillez.

Al acercarme á Lausana, iba pensando en la estrechez á que me veía reducido y en el modo de salir de ella sin ir á manifestarla á mi madrastra; y en esta peregrinación pedestre me comparaba á mi amigo Ventura, cuando llegó á Ancey. Tanto me penetré de semejante idea, que sin tener en cuenta que no contaba con su despejo ni su instrucción, se me puso en la cabeza que había de ser en Lausana un segundo Ventura, enseñar música, aunque no sabía para mí, y hacerme pasar por parisiense aunque nunca había estado en París.

En consecuencia, resuelto á llevar á cabo este proyecto, y como no había capilla donde ir á ofrecerme, y por otra parte no tenía ningún deseo de alternar con los músicos de la población, empecé por enterarme de dónde podría hallar posada decente, sin que fuese cara. Diéronme noticia de un tal Perrotet que tenía pupilos, y resultó ser un hombre que se caía de bueno y me dispensó muy buena acogida. Hícele una mentirosa relación, tal como me la tenía estudiada, y me prometió darme á conocer y procurarme lecciones, añadiendo que no me pediría dinero hasta que lo hubiese ganado. Costaba el hospedaje cinco escudos blancos, lo cual era bien poco, pero mucho para mí. Así pues, me aconsejó que al principio no me pusiese más que á media pensión, que consistía en una buena sopa y nada más á la comida y en una confortable cena al anochecer. Yo convine en ello, y el pobre Perrotet me hizo todos los adelantos con la mejor buena voluntad, y nada escaseó para favorecerme.

¿Cómo es que, habiendo hallado tan buenas gentes durante mi juventud, tan escasamente las encuentro á edad avanzada? ¿Será que se ha extinguido su raza? No; sino que el rango donde ahora tengo necesidad de buscarlas no es el mismo en que en otro tiempo las hallaba. Entre la gente del pueblo, que sólo siente las grandes pasiones por intervalos, la voz de la naturaleza se hace escuchar más á menudo. En las clases elevadas permanece completamente ahogada, y sólo hablan la vanidad ó el interés bajo la máscara del sentimiento.

Desde Lausana escribí á mi padre, que me envió el equipaje, dándome varios consejos excelentes de que hubiera debido hacer más caso. Ya he dado á conocer que me hallaba á veces poseído de una especie de delirio, durante el cual era yo otro hombre enteramente distinto. He ahí uno de los ejemplos más notables. Para que se comprenda hasta qué punto había perdido la cabeza, cuán venturizado, por decirlo así, me hallaba, basta ver cuantas extravagancias hice á un tiempo.

Heme ahí constituido en maestro de canto sin saber leer música siquiera; pues aun cuando hubiese aprovechado los seis meses que permanecí al lado de Le Mattre, nunca habría sido suficiente; además de esto, me enseñaba un gran maestro, y esto era lo bastante para que no aprendiera nada. Parisiense de Ginebra y católico en un país protestante, creí deber cambiar de nombre, así como de religión y patria. Siempre imitaba á mi gran modelo en cuanto era posible. Él se había llamado Ventura de Villeneuve; yo hice del nombre Rousseau el anagrama de Vaussore, y me llamé Vaussore de Villeneuve. Ventura sabía de composición, aunque no lo hubiese dicho; yo, sin conocerla, me jactaba de compositor delante de todo el mundo, siendo incapaz de poner en música una jácara.

Habiendo sido presentado al señor de Treytorens, profesor de derecho, que era aficionado á la música y daba conciertos en su casa, quise ofrecerle una muestra de mi talento, y me

puse á escribir una pieza para el concierto, con tanto atrevimiento, como si hubiese conocido el terreno perfectamente. Tuve la constancia de estarme quince días componiendo esa grande obra, ponerla en limpio, sacar las diferentes partes y distribuirlas con tanta confianza, como si hubiese sido una obra maestra de armonía. En fin, aun cueste trabajo crearlo, y sin embargo es la pura verdad, para coronar dignamente esa producción sublime, puse al fin un lindo minué que se oía por las calles y que tal vez muchos recuerden aún con ayuda de estas palabras tan conocidas en otro tiempo :

Quel caprice!  
 Quelle injustice!  
 Quoi ta Clarice  
 Trahirait tes feux! etc.

Ventura me había enseñado el aire con el contrabajo acompañado de otra letra indecorosa, con ayuda de la cual yo lo había retenido. Así, pues, coloqué al final de mi composición este minué con el contrabajo, suprimiendo la letra, y lo di por mío, tan resueltamente como si hubiese tratado con los habitantes de la luna.

Reuniéronse los músicos para ejecutar mi composición; exliqué á cada uno el corte y gusto de ella y les distribuí los papeles; andaba muy atareado. Ensayaron unos y otros durante cinco ú seis minutos, que para mí fueron siglos. En fin, todo dispuesto, di con un rollo de papel sobre mi pupitre magistral los cinco ó seis golpes preliminares de atención. Reinó un momento de completo silencio: empecé con la mayor gravedad á llevar el compás, y sonaron los instrumentos... Desde que existen óperas francesas, jamás se oyó una cerrada semejante. Por muy mal concepto que se hubiesen podido formar de mí como músico, el efecto fué peor de lo que parecían esperar. Los músicos reventaban de risa, el auditorio

abría desmesuradamente los ojos y quería taparse los oídos; pero no hubo remedio; mis verdugos, los sinfonistas, que querían divertirse, rascaban de modo que eran capaces de romper un tímpano de cuero. Tuve la constancia de seguir siempre adelante, á la verdad sudando á mares; pero retenido por la vergüenza, no me atrevía á escaparme dejándolo todo plantado. Por todo consuelo oía en derredor que hablando unos al oído de los otros, ó mejor, á los míos, decían; uno: «En esa pieza no hay nada que pueda tolerarse»; otro: «¡Qué música de los diablos!» otro: «¡Qué demonio de algazara es ésta!» ¡Pobre Juan Jacobo! ¡cuán lejos estabas de esperar en aquel cruel momento que un día, en presencia del rey de Francia y toda su corte, tus armonías excitarían murmullos de sorpresa y aplauso y que en todos los palcos á tu alrededor las damas se dirían á media voz: «¡Qué música tan hermosa! ¡Esto conmueve las más hondas fibras del corazón!»

Pero lo que regocijó á todo el mundo fué el minué. Apenas se oyeron los primeros compases, cuando oí resonar las carcajadas de todos lados. Todos me felicitaban por mi buen gusto; me repetían que aquel minué me haría célebre y que mis inspiraciones merecían ser cantadas por todo el ámbito del globo. No creo tener que describir mi angustia ni que confesar cuán merecida la tenía.

Al día siguiente, vino á verme uno de los músicos llamado Lutold, y fué bastante amable para no felicitarme por tan feliz éxito. El profundo sentimiento que me había causado mi solemne tontería, la vergüenza, el arrepentimiento, mi desesperación por el precario estado en que me hallaba, la imposibilidad de tener el corazón cerrado en medio de tantas aflicciones, hicieron que me franqueara con él; solté la rienda al llanto; y, en vez de contentarme con la confesión de mi ignorancia, se lo dije todo, suplicándole que me guardara el secreto, lo cual me prometió, cumpliendo como puede imaginarse. Aquella misma

noche, todo Lausana supo quién era yo; y lo notable es que nadie me lo dió á entender, ni aun el mismo Perrotet, quien, á pesar de todo, no se desentendió de alimentarme y darme alojamiento.

Yo vivía, mas ¡cuán tristemente! Con semejante estreno naturalmente mi estancia en Lausana no fué muy feliz. Los discípulos no venían en tropel; ni siquiera se presentó una alumna, ni una sola persona de la ciudad. Tuve, por junto, dos ó tres teutesches, casi tan estúpidos, como yo ignorante, que me aburrían á más no poder y que de mis manos no salieron grandes solistas.

Sólo en una casa me llamaron, donde á un diablo de chiquilla le dió la ocurrencia de mostrarme varias piezas de música de las cuales no pude leer una nota, y que tuvo la malicia de cantar en seguida delante del señor maestro, para enseñarle cómo se hacía. Tan lejos me hallaba de leer una pieza de repente, que en el brillante concierto de que he hablado no me fué posible seguir la ejecución ni un solo instante, para saber si se ejecutaba bien lo que tenía delante de los ojos y lo que había compuesto yo mismo.

En medio de tantas humillaciones, tenía un dulce consuelo en las cartas que de cuando en cuando recibía de mis dos encantadoras amigas. Siempre he hallado en el sexo femenino una virtud extraordinaria para proporcionar algún consuelo; y nada calma tanto mi aflicción en mis quebrantos como ver que una persona amable se interesa por mí. Sin embargo, esta correspondencia se acabó á poco tiempo, y nunca más fué reanudada. Cuando me trasladé á otro punto no tuve el cuidado de participárselo; y obligado por la necesidad á pensar continuamente en mí mismo, pronto las olvidé completamente.

Tiempo hace que no hemos hablado de mi pobre mamá, mas no se crea que por eso la olvidaba. No dejaba nunca de pensar en ella y desear hallarla nuevamente. no sólo por la necesidad

de mi subsistencia, sino principalmente por la de mi corazón. Por más vivo y tierno que fuese, el cariño que le tenía no cerraba mi corazón á otros amores; pero no eran de la misma especie. Todas debían el afecto que me inspiraban á sus atractivos; pero mi corazón no amaba otra cosa en las demás y no habría sobrevivido á ellos, mientras que mamá podía volverse vieja y fea sin que yo dejase de amarla con igual ternura. El homenaje rendido al principio á su belleza, se había transmitido enteramente á su persona; y cualquier cambio que experimentase, mientras fuese ella misma, no podía hacerme cambiar de sentimientos. Ya sé muy bien que le debía agradecimiento; pero á la verdad no pensaba en ello. Que hubiese hecho ó no mucho por mí, siempre hubiera sido lo mismo; no la amaba por deber, ni por interés, ni por conveniencia; la amaba porque había nacido para amarla. Confieso que cuando me prendaba de otra, me distraía un poco y pensaba en ella con menos frecuencia; pero siempre recordaba mi corazón con idéntico placer, y, enamorado ó no, jamás he pensado en ella sin conocer que no podía existir en el mundo dicha verdadera para mí mientras no viviese á su lado.

Á pesar de transecurrir tanto tiempo sin tener noticias suyas, nunca creí haberla perdido, ni que ella hubiese podido olvidarme.

Yo me decía: «Ella sabrá tarde ó temprano donde me hallo errante, y dará señales de que vive; volveré á encontrarla, estoy seguro de ello.» Entre tanto me servía de consuelo vivir en su país natal, recorrer las calles por donde ella había pasado, pasar por delante de las casas donde había vivido; y todo esto lo hacía por conjeturas, pues consistía una de mis mayores tonterías en no atreverme á informarme de nada que tuviese relación con ella ni pronunciar su nombre sin la más estricta necesidad. Me parecía que al nombrarla daba á entender el efecto que me inspiraba, que mis labios revelaban el secreto de mi corazón y que hasta cierto punto la compro-

metía; y creo que también me hallaba dominado por cierto temor de que me hablasen mal de ella, porque su partida había dado mucho que hablar y se había murmurado un poco de su conducta. Por temor de que no me hablasen de ella como yo quería, prefería que no me dijese nada.

Como las lecciones que tenía no me ocupaban mucho tiempo, y su pueblo natal no distaba más que cuatro leguas de Lausana, fui á pasar allá dos ó tres días, durante cuyo tiempo no me abandonó una grata emoción. El aspecto del lago de Ginebra y de sus admirables orillas, tuvo siempre un singular atractivo á mis ojos, cosa que no sabría explicar, y que no consiste únicamente en la belleza del espectáculo, sino en algo oculto que me conmueve y me enternece. Cada vez que me aproximo al país de Vaud, experimento una sensación compuesta del recuerdo de la señora de Warens que nació en él, de mi padre que allí vivía, de la señorita de Vulson que obtuvo en él las primicias de mi corazón, de varios viajes de recreo que hice por él durante mi infancia, y me parece que de alguna otra causa más secreta y todavía más viva que todo esto<sup>1</sup>.

Cuando viene á exaltar mi imaginación el vivo anhelo de esa dichosa vida que huye de mí, para la cual yo había nacido, siempre me la represento en el país de Vaud, á orillas del lago, en medio de campiñas deliciosas. No puedo prescindir de un huerto junto á ese lago precisamente, con exclusión de otro alguno; necesito un amigo seguro, una mujer amable, una vaca y una barquilla. Y no gozaré una felicidad verdadera en este mundo hasta que tenga todo esto. Cuando pienso en la simpleza con que varias veces he ido á Vaud en busca de esa felicidad imaginaria, no puedo menos de reirme. Siempre me sorprendía encontrar que sus habitantes, y en particular las mujeres, eran enteramente distintos de lo que yo me imaginaba.

<sup>1</sup> Todos estos recuerdos se encuentran en la *Nueva Heloisa*.

¡Cuánto me chocaba esto! El país y el pueblo que lo habita nunca me han parecido formados el uno para el otro.

En esa excursión á Vevay, siguiendo aquella hermosa orilla, me entregaba á la más dulce melancolía; mi alma se lanzaba ardientemente en pos de los más inocentes placeres; me enternecí, suspiraba y lloraba como un niño. ¡Cuántas veces, deteniéndome para llorar, sentado en una gran piedra, me he entretenido en contemplar cómo caían mis lágrimas en el agua!

Llegado á Vevay, me hospedé en la Llave, y durante los dos días que permanecí en aquella población sin ver á nadie, le cobré un cariño tal, que su memoria me ha seguido siempre en todos mis viajes y al fin me ha hecho colocar allí al protagonista de mi novela. Yo diría á los que tienen buen gusto y son muy sensibles: «Id á Vevay, visitad el país, examinad sus paisajes, paseaos por el lago y decidme si la naturaleza no parece haber creado aquel hermoso lugar para una Julia, una Clara y un Saint-Preux; pero no os canséis en encontrarlos allí.»

Volvamos á mi historia.

Como yo era católico y por tal pasaba, seguía públicamente y sin escrúpulo el culto que había abrazado. Los domingos, cuando hacía buen tiempo, iba á oír misa en Assens, á dos leguas de Lausana. Generalmente hacia esas excursiones en compañía de otros católicos, sobre todo de un bordador parisiense, cuyo nombre se me ha olvidado. Éste no era un parisiense como yo, sino un verdadero parisiense de Paris, un archi-parisien-e de Dios, honrado como un champañés. Amaba tan entrañablemente su patria, que jamás quiso dudar de que fuese también la mía, por temor de perder la ocasión de hablar de ella.

El señor Crouzas, lugar-teniente del bailío, tenía un jardinero, parisiense también, pero menos complaciente y que juzgaba comprometida la gloria de su patria, porque hubiese quien se atreviera á darse por nacido en ella, no teniendo se-

mejante honor. Me dirigía preguntas con el tono del que está seguro de coger en falta á su interlocutor, y luego se sonreía maliciosamente. Un día me preguntó qué había de notable en el *Marché-Neuf*; yo, como es fácil comprender, me fui por los cerros de Úbeda. Ahora, después de haber vivido en París por espacio de veinticinco años, debo conocerlo un poco; sin embargo, hoy mismo si me hicieran una pregunta semejante, me vería en idénticos apuros para satisfacerla, de donde podría deducirse que nunca había estado en tal ciudad; tan fácil es fundarse en principios erróneos, aun cuando se dé con la verdad.

No podría decir exactamente cuanto tiempo permanecí en Lausana. No llevé de allí gratos recuerdos, y sé tan solamente que no hallando medio de vivir, partí de allí á Neufchatel, donde pasé el invierno. En esta última ciudad lo pasé mejor, pues tuve algunos discípulos, y pude ganar con que satisfacer á mi buen amigo Perrotet, que me había remitido mi reducido equipaje con toda fidelidad, á pesar de que me había ido debiéndole bastante dinero.

Enseñando la música iba aprendiéndola insensiblemente. Mi vida era bastante tranquila; un hombre más razonable que yo hubiera podido contentarse; pero mi inquieto corazón me pedía otra cosa. Los domingos y los días que tenía libres, me iba á recorrer la campiña y los bosques circunvecinos, errante, meditando y suspirando siempre; y una vez salido de la ciudad, no volvía á entrar en ella hasta la noche.

Un día, hallándome en Boudry, entré á comer en una posada; vi un hombre con una gran barba en traje griego, color de violeta, un gorro guarnecido de pieles, aire y traje que revelaban bastante nobleza; mi hombre se veía á cada paso en apuros para hacerse comprender, porque hablaba una jerga casi ininteligible, pero que se parecía algún tanto al italiano. Yo comprendía casi todo lo que decía, y era el único; con el mesonero y la gente del país, no podía entenderse más que por

señas. Diríjale algunas palabras en italiano y me entendió perfectamente; entonces se levantó y vino á abrazarme con la mayor alegría. Á poco rato había establecido un amistoso vínculo entre los dos; en adelante le serví de intérprete.

Su comida era buena, la mía menos que mediana: me invitó á comer con él, y yo acepté sin hacerme rogar mucho. Bebiendo y chapurrando, acabamos de familiarizarnos y al terminar la comida éramos inseparables. Dijome que era prelado griego y archimandrita de Jerusalén y que estaba encargado de hacer una cuestación en Europa para el restablecimiento del Santo Sepulcro. Me enseñó unas magnificas patentes de la czarina y del emperador, y las tenía de varios otros soberanos. Estaba bastante satisfecho de lo que hasta entonces había recogido; pero se había visto en increíbles apuros en Alemania, á causa de no entender una palabra de alemán, latín; ni francés, viéndose reducido á expresarse en griego, en turco y, como último recurso, en lengua franca, lo cual hacía que obtuviese poco resultado en el país donde se había metido. Hizome la proposición de irme con el de secretario ó intérprete. Á pesar de mi traje color de violeta, nuevecito, y que no cuadraba mal con mi nuevo empleo, tenía yo aire de tan poca ropa que creyó ganarme fácilmente, y no se equivocó. Pronto nos arreglamos: yo no pedí nada y él me prometió mucho. Sin garantía, sin ninguna seguridad ni conocimiento, me entregué en sus manos, y desde el día siguiente heme aquí camino de Jerusalén.

Empezamos nuestra expedición por el cantón de Friburgo, donde obtuvo poca cosa. La dignidad episcopal no le permitía hacer el papel de mendigo y pedir limosnas á los particulares; pero dimos parte de nuestra misión al senado, que le entregó una pequeña suma, y nos dirigimos á Berna. Nos alojamos en el Falcón, posada excelente en aquel entonces, donde se hallaba uno en buena compañía. La mesa era numerosa y bien ser-

vida. Mucho tiempo hacía que yo andaba mal comido, así es que tenía gran necesidad de reponerme; entonces se ofreció la ocasión y no dejé de aprovecharla. Monseñor el archimandrita era un buen comensal, alegre, que se expresaba muy bien con los que le entendían, bastante instruido y que revelaba su erudición griega de un modo bastante agradable. Un día, á los postres, rompiendo avellanas, se hizo una cortadura bastante honda en un dedo, y como le saliese sangre con alguna abundancia, dijo riéndose y mostrando el dedo á la concurrencia: *Mirate, signori, questo è sangue pelasgo.*

En Berna mi concurso le fué de alguna utilidad, y no desemeñé mi cometido tan mal como temía. Fui mucho más atrevido y me expresé mucho mejor que lo hubiera hecho tratándose de mí mismo. La cosa no fué tan sencilla como lo había sido en Friburgo; hubo necesidad de tener frecuentes y prolongadas conferencias con los principales personajes del Estado, y el examen de los títulos no fué cosa de un día. En fin, una vez todo en debida forma, fué concedida una audiencia por el senado. Yo entré con él como intérprete y me dijeron que hablase. Nada estaba más lejos de mi ánimo, y ni siquiera se me ocurrió, que después de haber hablado tanto con los miembros del senado, fuese preciso dirigirse á todos en conjunto como si nada se hubiese dicho.

Considérese el apurado caso en que me hallaba. Un vergonzoso como yo tener que hablar no solamente en público, sino ante el senado de Berna, y de improviso, sin tener siquiera un minuto para prepararme. En verdad, que había sobrado motivo para anonadarme. Sin embargo, ni siquiera me asusté. Expuse sucinta y sencillamente la misión del archimandrita: elogió la piedad de los príncipes que habían hecho generosos donativos; excitando la emulación de sus Excelencias, dije que no había que esperar menos de su acostumbrada munificencia; y luego traté de probar que aquella buena obra lo era igual-

mente para todos los cristianos sin distinción de sectas, y concluí prometiendo las bendiciones del cielo á todos los que á ella contribuyeran. No diré que mi discurso produjese efecto, pero es lo cierto que fué oído con gusto, y que al salir de la audiencia el archimandrita recibió un presente nada mezquino, y además fué felicitado por el despejo y facilidad de su secretario, cumplidos que tuve el satisfactorio encargo de traducirle, pero que no me atreví á transmitir al pie de la letra. He aquí la única vez que en mi vida he hablado en público y ante un soberano y quizá también la única que lo he hecho bien y con osadía.

¡Qué diferencia en el modo de ser de una misma persona! Tres años hace que, habiendo ido á Iverdún á ver á mi antiguo amigo Roguin, vino una comisión á complimentarme porque había regalado algunos libros á la biblioteca de aquella ciudad. Los suizos son grandes oradores; me echaron un discurso, y yo me creí obligado á contestar; pero me embrollé de tal modo en la contestación y perdí la cabeza hasta tal extremo que me quedé cortado y fui objeto de burla. Aunque naturalmente tímido, en mi juventud he sido atrevido algunas veces; pero en edad avanzada, nunca. Cuanto más he conocido el mundo, tanto menos he podido hacerme á sus maneras.

Al salir de Berna, fuimos á Soleura, pues el archimandrita se proponía tomar nuevamente el camino de Alemania y volverse por Hungría ó Polonia, lo que constituía una ruta muy larga; pero como durante el camino se llenaba su bolsillo más que se vaciaba, le importaban poco los rodeos. En cuanto á mí, que casi me gustaba tanto ir á caballo como á pie, nada más hubiera querido que pasar así la vida; pero estaba escrito que no iría tan lejos.

La primera cosa que hicimos al llegar á Soleura, fué presentarnos al embajador de Francia. Desgraciadamente para el obispo, este embajador era el marqués de Bonac, que lo había

sido de la Puerta, y que debía estar al cabo de todo lo relativo al Santo Sepulcro. El archimandrita tuvo con él una entrevista que duró cosa de un cuarto de hora á la cual no fui admitido, porque el señor embajador entendía la lengua franca y hablaba el italiano por lo menos tan bien como yo. Cuando salió el griego, quise seguirle, pero me detuvieron, y llegó mi vez. Habiéndome dado por parisiense, entraba de lleno bajo la jurisdicción de su Excelencia. Preguntóme quién era y me exhortó á que dijese la verdad. Yo se lo prometí, pidiéndole una audiencia particular que me fué concedida. Condújome á su despacho y cerró la puerta; entonces arrojándome á sus pies cumplí mi palabra. Lo mismo hubiera dicho aun cuando nada hubiese prometido, porque una necesidad indefinida de expansión me pone continuamente el corazón en los labios; y después de haberlo abierto á Lutold, no tenia para qué echarlas de misterioso con el marqués de Bonac. Tanto le agradó mi relato y la efusión con que vió que lo hacía que, tomándome por la mano y entrando en las habitaciones de la señora embajadora, me presentó á ella, haciéndole un compendio de mi historia. La señora de Bonac me acogió bondadosamente, diciendo que no convenia dejarme ir con el monje griego; y se resolvió que me quedaria en palacio, mientras se resolvía lo que habia de hacerse conmigo. Yo quise ir á despedirme del pobre archimandrita, á quien habia cobrado afecto, mas no me lo permitieron. Enviaron á darle cuanta de mi detención, y un cuarto de hora después vi llegar mi pequeña maleta.

Fui en cierto modo encargado al secretario de la embajada señor de La Martinière, quien, al indicarme el aposento que se me destinaba, me dijo: «Esta habitación ha sido ocupada, cuando estaba de embajador el conde del Luc, por un hombre célebre, de vuestro mismo apellido; sólo de vos depende el reemplazarle bajos todos conceptos, y hacer que se diga algún día: Rousseau primero, Rousseau segundo.» Esta conformidad, que

entonces estaba lejos de mi ánimo, no habria halagado tanto mis deseos si hubiese podido prever á qué precio la compraria.

Lo que me habia dicho el señor de La Martinière despertó mi curiosidad. Entonces lei las obras de aquel cuya estancia ocupaba; y creyendo tener disposición para la poesia por el cumplido de que habia sido objeto, compuse, por vía de ensayo, una cantata en loor de la señora de Bonac. Esta afición no duró mucho. De cuando en cuando he hecho versos regulares es un ejercicio bastante bueno para hacerse á las construcciones elegantes, y aprender á escribir mejor en prosa; pero nunca he hallado bastante atractivo en la poesia francesa para entregarme á ella por completo.

El señor de La Martinière, deseando conocer mi estilo, me pidió que pusiera por escrito la misma relación que habia hecho al embajador. Escríbele una larga carta que según tengo entendido conserva el señor de la Marianne, quien desde hacia largo tiempo tenia frecuente trato con el marqués de Bonac, y después sucedió á La Martinière, siendo embajador el señor Courteilles. He suplicado á Malesherbes que procurase obtener una copia, y si puedo obtenerla por su intermedio ó el de algún otro, se hallará entre los documentos que deben unirse á las *Confesiones*.

La experiencia que comenzaba á tener moderaba poco á poco mis proyectos novelescos; así, por ejemplo, no sólo no me enamoré de la señora de Bonac, sino que desde luego conocí que no podia hacer carrera en casa de su marido. Colocado La Martinière, y teniendo como presuntó sucesor á de Marianne, no me permitian esperar más que un empleo de subsecretario que no me era sumamente halagüeño. De ahí provino que, cuando me consultaron acerca de lo que deseaba hacer, manifesté vehementes deseos de ir á París, idea que agradó al señor embajador, pues á lo menos tendia á desembarazarle de mi persona.

El secretario intérprete de la embajada señor de Merveilleux, dijo, que su amigo Godard, coronel suizo en el ejército francés, deseaba hallar un joven para ponerlo al lado de su sobrino que iba á entrar muy joven en el ejército, y añadió que le parecía que yo serviría para el caso. Tomando pues este consejo con bastante ligereza, se resolvió mi marcha; y yo muy contento, porque se trataba de emprender un viaje á cuyo fin estaba París. Diéronme algunas recomendaciones, cien francos para los gastos del viaje y una porción de excelentes advertencias, y me marché.

En este viaje empleé unos quince días que pueden colocarse entre los más dichosos de mi vida. Era joven, morigerado, tenía bastante dinero y muchas esperanzas; viajaba á pie é iba solo. Podría alguien extrañarse oírme incluir la última circunstancia en esa enumeración de ventajas si no estuviesen ya los lectores familiarizados con mi carácter. Me hacían compañía mis gratas quimeras, y nunca las imaginó más bellas mi ardiente fantasía. Cuando me ofrecían algún asiento que hubiese vacío en los coches ó se me acercaba alguien por el camino, me incomodaba viendo desbaratarse la fortuna cuyo edificio construía mientras iba marchando.

Esta vez eran marciales mis ideas. Iba á juntarme con un militar y á serlo yo también, pues se había tratado que yo entraría de cadete. Ya me veía vestido con el uniforme de oficial, con un magnífico plumero blanco. Mi corazón se dilataba con ese noble pensamiento. Sabía algunas nociones de geometría y fortificación, y tenía un tío ingeniero; por consiguiente era en cierto modo hijo de la milicia. Ofrecía algún obstáculo mi corta vista, pero no me apuraba por esto, y contaba suplir esta falta á fuerza de intrepidez y sangre fría. Había leído que el mariscal Schomberg era muy corto de vista ¿por qué no había de poder serlo el mariscal Rousseau? Tanto me entusiasmaba con esos desvaríos, que no veía otra

cosa más que tropas, murallas, gaviones, baterías, y me consideraba en medio del humo y del fuego dictando órdenes tranquilamente, con el anteojo en la mano. Sin embargo, cuando atravesaba campiñas agradables con sotos y riachuelos, su delicioso aspecto me hacía suspirar por tener que abandonarlos; en medio de mis lauros, el corazón me decía que no había nacido para tanto estruendo; y de repente, sin saber cómo, me hallaba rodeado de mis caros verjeles, renunciando para siempre á los trabajos de Marte.

¡Cómo se desvaneció la idea que tenía formada de París, cuando llegué á tocarle! La decoración que presencié al ver Turín, la belleza de sus calles, la simetría y alineamiento de las casas me hacían buscar algo más aún en París. Me había figurado una ciudad tan hermosa como grande, de imponente aspecto, donde no se veían sino soberbias calles, palacios de mármoles y oro. Al entrar por el arrabal de San Marcelo, no vi más que callejuelas sucias y hediondas, casas feas, negras con todos los caracteres del descuido y la pobreza, mendigos, carreteros, remendones, vendedoras de tisanas y de sombreros viejos. Todo esto me causó un efecto tal, que cuando después he visto la verdadera magnificencia de París, no he podido borrar aquella impresión primera, y siempre me ha quedado una secreta repugnancia á vivir en esa capital. Puede decirse que todo el tiempo que permaneci más tarde en ella lo empleé en procurarme medios para poder irme á vivir lejos. Tal es el fruto de una imaginación demasiado activa que traspasa los límites de las mismas exageraciones humanas y siempre ve más de lo que le dicen. Tanto me habían alabado á París que me lo había figurado como la antigua Babilonia, de la que tal vez hubiera formado más desventajosa idea que la que tengo si hubiera llegado á vivir en ella. Lo mismo me sucedió con el teatro de la Ópera, donde me apresuré á ir al día siguiente de mi llegada; lo mismo en Versalles, y lo mismo me sucedió

también más tarde cuando vi el mar; y siempre me sucederá otro tanto, cuando llegue á ver lo que me hayan pintado con exageración, porque es imposible á los hombres sobrepujar la riqueza de mi imaginación y hasta muy difícil á la misma naturaleza.

Por el recibimiento que me hicieron las personas para quienes llevaba recomendaciones, consideré hecha mi fortuna. Á quien iba más especialmente recomendado, y fué el que me hizo menos cumplidos, era al señor Surbeck, militar retirado, que vivía filosóficamente en Bagneux, donde fui á verle varias veces sin que jamás se dignase ofrecerme un vaso de agua. La señora de Merveilleux, cuñada del secretario intérprete, y su sobrino, oficial de la guardia, fueron los que se portaron mejor: no solamente me recibieron bien, así la madre como el hijo, sino que me ofrecieron su mesa, donde comí varias veces durante mi permanencia en París.

La señora de Merveilleux me pareció que debía haber sido bella. Su cabello, de un hermoso negro, formaba con arreglo á la antigua moda un bucle sobre cada sien. Le quedaba lo que los años no arrebatan, un bello carácter. Parecióme que le agradaba el mío, é hizo cuanto pudo para ayudarme; pero nadie la secundó, y pronto me desengañé de aquel interés tan grande que parecían tomar por mí unos y otros. Sin embargo, hay que hacer justicia á los franceses; no se deshacen, tanto como se dice, en protestas, y las que hacen son casi siempre hijas de la sinceridad; pero tienen un modo de manifestar el interés que uno les inspira que engaña más que las mismas palabras. Los burdos cumplimientos de los suizos no pueden engañar más que á los tontos; los modales de los franceses son más seductores, por lo mismo que son más sencillos; parece que no dicen todo lo que piensan hacer para proporcionar una agradable sorpresa. Aun me atrevo á decir más: no hay falsedad en sus demostraciones; son naturalmente obsequiosos,

humanitarios, benévolos, y dígase lo que se quiera, hasta más sinceros que otra nación cualquiera; pero son ligeros y volubles. Sienten efectivamente lo que manifiestan; pero este sentimiento desaparece con la misma facilidad que nace. Mientras están hablando con una persona, son suyos completamente; así que vuelven la espalda, ya la olvidan. Nada hay permanente en su corazón; todo es en ellos obra del momento.

Por consiguiente me hallé muy agasajado y poco favorecido. El coronel Godard, á cuyo sobrino me habían destinado, resultó ser un viejo ruin y avaro, quien, con ser un hombre forrado en oro, al ver mi pobreza, quiso tenerme por nada. Pretendió que fuese una especie de criado sin sueldo, más bien que un verdadero ayo, dedicado constantemente á él; y por lo tanto dispensado del servicio, había de vivir de la paga de cadete, es decir, de soldado; y ni aun siquiera quería pagarme el uniforme; hubiera querido que me contentase con el del regimiento. La misma señora de Merveilleux, indignada al ver tales proposiciones, me indujo á rechazarlas y su hijo fué de la misma opinión. Dieron pasos para procurarme alguna colocación, pero no encontraron nada.

Entre tanto yo comenzaba á hallarme apurado, pues los cien francos, de los cuales había tenido que pagar el viaje, no podían durar mucho. Por fortuna, recibí una pequeña cantidad que me remitía el señor embajador, y me hizo un favor grande; y aun creo que no me habría abandonado, si yo hubiese sabido tener paciencia; pero consumirse, esperar, solicitar, son para mí cosas imposibles. Me fastidié, no parecí más, y todo concluyó. No dejaba de acordarme de mamá, pero ¿dónde encontrarla? ¿adónde ir á buscarla? La señora de Merveilleux que sabía mi historia, me había ayudado á buscarla mucho tiempo inútilmente. Por fin averiguó que se había vuelto hacia más de dos meses; pero se ignoraba si había ido á Saboya ó á Turín, y hasta algunos afirmaban que había vuelto á Suiza. No nece-

sité más para resolverme á seguirla, seguro de que adonde quiera que hubiese ido la encontraría más fácilmente que en París.

Antes de marcharme, ejercité mi nuevo talento poético en una epístola al coronel Godard, satirizándole cuanto pude. Enseñé aquel mamarracho á la señora de Merveilleux, quien, en lugar de censurar mi conducta, como hubiera debido hacer, se rió grandemente con mis sarcasmos, lo mismo que su hijo, que no creo tuviese el menor cariño al coronei; aunque fuerza es confesar que el tal no tenía nada de amable. Dióme la tentación de enviarle mis versos, y ellos me animaron á verificarlo; en efecto, les puse un sobre á su dirección, y como entonces no había correo interior de París, los guardé en el bolsillo, y se los envié desde Auxerre, á mi paso por esta población. Todavía me rió alguna vez figurándome los gestos que debía hacer leyendo el panegirico, donde estaba retratado de pies á cabeza. Empezaba así: « Pensaste, viejo marrullero, que me habia inspirado el deseo de educar á tu sobrino una loca manía ».

Esta pequeña composición, mala en verdad, pero que no carecía de chiste y revelaba algún talento para la sátira, es sin embargo el único escrito satírico que ha salido de mi pluma. Mi corazón es poco rencoroso para que me permita valerme de semejante ventaja; pero por algunas polémicas escritas de cuando en cuando para defenderme, puede verse, según yo entiendo, que si hubiese tenido un carácter disputador, hubiera hecho reir más de una vez á costa de mis contrarios.

Lo que más siento en punto á detalles de mi vida que se me han olvidado, es no haber escrito el diario de mis viajes. Nunca he pensado tanto, existido y vivido tanto, ni he sido tanto yo mismo, si se me permite la frase, como en los viajes que he

<sup>4</sup> *Tu croyais, vieux pénard, qu'une folle manie  
D'élever ton neveu m'inspirerait l'envie.*

hecho á pie y solo. El andar tiene para mí algo que me anima y aviva mis ideas; cuando estoy parado, apenas puedo discutir; es preciso que mi cuerpo esté en movimiento para que se mueva mi espíritu. La vista del campo, la sucesión de espectáculos agradables, la grandeza del espacio, el buen apetito, la buena salud que se logra caminando, la libertad del mesón, el alejamiento de todo lo que me recuerda la sujeción en que vivo, de todo lo que me recuerda mi situación, todo esto desata mi alma, me comunica mayor audacia para pensar, parece que me sumerge en la inmensidad de los seres para que los escoja, los combine, me los apropie á mi gusto, sin molestias ni temores.

Así dispongo como árbitro de la naturaleza entera; mi corazón vagando de uno á otro objeto, se asocia, se identifica con los que le halagan, se rodea de encantadoras imágenes, se embriaga de sentimientos deliciosos. Si para darles mayor fijeza, me entretengo en describirlos dentro de mí mismo, ¡qué pincel tan vigoroso, qué frescura de colorido, qué energía de expresión logro comunicarles! Dícese que en mis obras se ha encontrado algo de todo esto, á pesar de haber sido escritas en el ocaso de mi vida. ¡Ah! si se hubiesen visto las de mis primeros años, las que he hecho durante mis viajes, todas las que he compuesto, pero que no he escrito nunca!... ¿Por qué no escribirlas? se dirá. — ¿Y para qué? replicaré yo; ¿por qué desprenderme del encanto de mis goces para decir á los demás cuánto gozaba? ¿Qué me importaban á mí los lectores, ni el público, ni la tierra, mientras yo me cernía en los espacios? Y además ¿llevaba acaso papel ni plumas? Si hubiese pensado en ello no se me hubiera ocurrido nada. Yo no preveía que tendría más tarde ideas que revelar al mundo. Se me ocurren cuando quieren, no cuando á mí me acomoda. Ó no se me ocurren, ó vienen en tropel y me anonadan por su fuerza y por su número. No habrían bastado diez volúmenes diarios. ¿Ni